

12. Accesorios y complementos

Javier Pérez Iglesias

(edición y presentación de las entrevistas)

Los fragmentos de entrevistas que presentamos a continuación proceden de un proyecto de investigación sobre las prácticas feministas, lesbianas y *queer* en el arte y la política desde la década de los sesenta hasta nuestros días. La investigación fue llevada a cabo por Fefa Vila, Carmen Navarrete y María Ruido dentro de un proyecto más amplio, denominado DESACUERDOS,¹ que intenta analizar las manifestaciones artísticas y teóricas —y las prácticas políticas que les influyeron— que han quedado relegadas en la historia reciente del Estado español. Es un intento de rescatar lo que ha sido borrado en la historia oficial desde la Transición hasta el final del siglo XX.

Los materiales recopilados por Vila, Navarrete y Ruido, que incluyen varios grupos de discusión y entrevistas personales, son muy amplios y permitirán futuros acercamientos a las representaciones y prácticas feministas, lesbianas y *queer* de las tres últimas décadas del siglo pasado.

Por nuestra parte, hemos elegido unos fragmentos del grupo de discusión de los años setenta porque reflejan algunos de los problemas que interesan a la práctica y al pensamiento *queer* en la actualidad. Temas como el lesbianismo, o la visión que tienen algunas corrientes feministas sobre la pornografía y la prostitución, ilustran cómo esas miradas «problematizadas» sobre la sexualidad tienen una tradición que sigue pesando. En otros casos, algunas de las declaraciones escogidas nos parecen interesantes desde el punto de vista de la práctica política y por coincidir con nuestro intento de incidir en la realidad social.

¹ Este proyecto se vio truncado por motivos ajenos a las investigadoras. Para más información véase el artículo de Navarrete, C., Ruido, M. y Vila, F., «Trastornos por devenir: entre artes y políticas feministas y *queer* en el Estado español». En: *Desacuerdos*, num. 2, Barcelona, Macba (etc.), 2005. *DESACUERDOS* ha estado patrocinado por tres instituciones: Arte y Pensamiento UNIA (Sevilla), Arteleku (Donostia) y Macba (Barcelona).

En cuanto a los testimonios que se refieren a las militancias y grupos de los años noventa, creemos que incluyen información que complementa algunas de las contribuciones que aparecen en este libro. Por otra parte, ilustran muy bien cómo se crean espacios políticos de disidencia, cómo aparecen otras formas de representación y se articulan acciones que podemos reconocer como *queer*.

**GRUPO DE DISCUSIÓN: Años Setenta
(Madrid, junio 2004)**

Intervienen: Paloma González (ex militante de la ORT), Empar Pineda (ex militante del MC), Justa Montero (ex militante de la LCR), Cristina Garaizábal (ex militante del MC), Begoña San José (ex militante del PCE), Raquel Osborne (socióloga y profesora de la UNED) y Luisa Posada (filósofa y profesora de la Universidad Complutense de Madrid).

Modera: Fefa Vila.

Fragmentos tendenciosamente escogidos

Lesbianas = a silencio, o los vericuetos de la lesbofobia. Negociaciones y claudicaciones

Empar Pineda. A mí lo de Paloma me ha removido cosas de entonces. Cuando se crea el Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid, en enero de 1981, solicitamos permiso a los grupos que ocupaban esta casa. La actitud, particularmente del Colectivo Feminista, es decir, de las radicales, era que no nos dejaban ocupar Barquillo. ¿Por qué? Porque éramos un grupo específico de lesbianas. Para nuestra desgracia, tuvimos que pedir permiso a la Subdirección General, que todavía era de la Condición Femenina y fue Mabel Pérez Serrano la que escribió una carta a todos los grupos de Barquillo para decir que nos admitieran a nosotras.

Paloma González. Hay matices.

Empar Pineda. Espera, déjame terminar. Ese maravilloso seminario del que tú hablas sobre patriarcado vino precisamente a raíz del debate que tuvimos en esta sala con Carmen Vigil, Carmen Sarasúa, Marisa Vicente, en fin, el Colectivo Feminista, el colectivo radical, digamos seguidor de Christine Delphy, porque no había manera de convencerles de que teníamos legitimidad para organizar un grupo feminista en tanto que lesbianas.

Paloma González. No recuerdo yo eso...

Empar Pineda. ¡Que está todo aquí! Hubo unos debates brutales porque no reconocían legitimidad a la orientación sexual para basar en ello una organización. ¿Por qué? Y entonces ahí salió todo su discurso ideológico de que los grupos feministas tienen que ser, a ser posible, monolíticos, es decir, con una ideología monolítica que unifique a todas y además tienen que luchar por cincuenta mil historias. No había justificación para un grupo específicamente de lesbianas. Y a raíz de esa gran discusión, como en el debate utilizamos todas nosotras el término patriarcal, hubo gente que dijo: «Oye, ¿y eso de patriarcado qué es?».

Paloma González. Estando de acuerdo, yo querría decir una cosa, porque también me parecería injusto. Es decir, entonces estábamos nosotras, cinco asociaciones. Manteníamos relaciones con la Administración, con Mabel Pérez Serrano como representante de la Subdirección de la Condición Femenina. Por mantener esos contactos fuimos atacadas, injuriadas, machacadas, hasta el punto de que se celebran unas jornadas sobre cultura, que organiza la Subdirección y nuestras compañeras de aquí poniéndonos verdes, con unos papeles, a las mujeres que negociábamos. Lo que resaltaron es que esa negociación permitió, entre otras cosas, que pudiéramos tener locales. Otra parte del movimiento no quería negociar, rechazaba frontalmente la negociación. Pero la gente que estábamos negociando, a pesar de los ataques virulentos que sufrimos por esa negociación, siempre abrimos la puerta a todo el mundo. Es verdad que había unas posiciones muy radicalizadas, muy absolutas y además se hablaba del lesbianismo político, que era una cosa que hasta que entendimos qué era aquello... Yo no sabía tampoco muy bien qué era.

Justa Montero. Yo creo que en ese momento había gente que se sentía agraviada por unas cosas o por otras. Trazaría una línea de debate y de confrontación en el buen sentido de la palabra. Estábamos en un momento de la Transición y muchas mujeres, no sé si todas, pero muchas mujeres pensábamos que era el momento para cambiar radicalmente la sociedad, estábamos convencidas de que podíamos hacerlo y que teníamos fuerza y que no era solamente pedir tal ley o tal otra sino que podíamos cambiar las estructuras de la sociedad, que podíamos discutir sobre cómo establecer relaciones distintas entre la gente, entre nosotras y los hombres. Todo estaba puesto sobre la mesa. Queríamos cambiarlo todo. Queríamos cambiar la sociedad y ahí llega la política de la Transición, la política de pactos y consensos, que la vivimos también dentro del feminismo aunque de forma distinta, y hay todo un sector de mujeres, en el que me incluyo, que veíamos que el resultado de esa política de consenso iba dejando en segundo lugar las cuestiones relativas a las mujeres. Por dos cosas: una, porque los propios políticos de los partidos que pactaban no lo veían tan importante. O sea, pensaban que lo importante era conseguir otras cosas. Y luego porque, efectivamente, enfrente tenían una oposición férrea a cualquier tipo de cambio relacionado con la posición de las mujeres. Por lo tanto, el resultado de todo eso era que nosotras veíamos que en la política de pactos muchas de nuestras aspiraciones iban quedando relegadas. Y ahí se entiende la polémica sobre la participación que decía Paloma, las reticencias de qué pasaba con la Subdirección de la Condición Femenina y por qué había que pactar o no y eso qué significaba para las mujeres, integrarnos o no, perder fuerza... Ese era un poco el debate. Y eso también se refleja en el debate de la Constitución, que es por lo que muchas organizaciones se plantean una posición activa de rechazo a la Constitución (...) Por un lado estaba eso y por otro lado lo que era el debate que todo el mundo necesitaba para fundamentar lo que era nuestra actividad, eso más teórico dentro del feminismo. Había una necesidad de legitimar la lucha feminista y el movimiento feminista porque, efectivamente, dentro de la izquierda había resistencias con diferencias entre partidos, entre sindicatos... Aquello era una necesidad colectiva. Y luego, ya dentro de esa necesidad, estaban los debates sobre el tipo distinto de orientación. Esto tuvo mucho peso en el inicio, marcando los términos del debate en relación con el peso numérico que tenía cada grupo dentro del propio movimiento.

Fefa Vila. Habláis de la influencia de Christine Delphy pero en Francia Monique Wittig se separa. Yo quería saber si por ejemplo ella, y su tradición de lesbianismo, tiene una influencia en el movimiento aquí o si es un debate que se introduce o no.

Empar Pineda. Tienes que pensar, Fefa, que para empezar, después de las Jornadas de Granada en 1979 se celebran las jornadas por el derecho al aborto y a lo largo de esas jornadas se comprueba que la reflexión sobre la sexualidad es muy, muy, muy escasa. Estamos hablando del año 1981. De tal manera, que la coordinadora decide organizar otras jornadas de ámbito estatal exclusivamente sobre sexualidad, que se celebran en el año 1983. El colectivo de feministas lesbianas presenta esas jornadas del 83, exclusivas sobre sexualidad. Por primera vez se empieza a hablar de fantasías. Fue en esas jornadas, precisamente de la mano de Tina Sanz. El Colectivo lo que hace es presentar una ponencia que consiste en revisar escritos, hojas, revistas, boletines, de la mayor parte del movimiento feminista para analizar cuáles son las posiciones en materia de sexualidad y particularmente de lesbianismo. A partir de ese momento, el Colectivo decide centrar su tarea en llevar a cabo debates internos en el conjunto de la coordinadora feminista y dedicar la revista del colectivo a traducir artículos de fuera que pudieran alimentar ese debate en materia de lesbianismo para el conjunto del movimiento. En ese sentido, hay un pronunciamiento, desde el principio, en contra del lesbianismo como opción política, en contra del separatismo lesbiano, y a favor de ampliar la visión de la sexualidad para todo el mundo de manera que el lesbianismo aparezca como una opción sexual más, posible para todas las mujeres; de manera que el movimiento feminista no sólo se limita a defender los derechos de las lesbianas sino el lesbianismo como una opción posible.

Paloma González. Lo de las francesas tuvo mucho que ver en el grupo radical, y no se plasmaba en la coordinación de la plataforma en aspectos políticos porque en la práctica política el colectivo radical hacía aguas en muchas cosas. Ellas estaban mucho más centradas en la parte teórica. Y eso les afectó bastante, tal y como luego se veía en las discusiones. Como esa polémica y esa separación y demás. Yo lo que creo es que cuando antes decíais que el tema de la sexualidad se abordó mucho con el tema de los anticonceptivos, es verdad. Fuimos descubriendo una serie de cosas y se habló muchísimo y se profundizó. Luego viene el tema del lesbianismo y se da un nuevo impacto ahí, un proceso en el que estábamos aprendiendo todo, que fue cuando llegamos a decir que las sufragistas eran unas burguesas, que las dejábamos y decíamos que no valían. Y cuando empezamos a hacer una serie de rectificaciones junto con el aprendizaje porque todo era un aprendizaje. Sin embargo, si avanzamos en el tema sexual, en el lesbianismo fuimos más lentas en un aspecto importante; y es que cuando se habla de los anticonceptivos y manifestamos no a los anticonceptivos nos manifestamos desde el análisis de no a la penetración, no a la sexualidad imperante. Y a mí eso me parece muy importante dentro del debate y ahí estábamos todas de acuerdo e íbamos dando como pasitos. Eso era muy importante. Hacíamos unos análisis de cuestionamiento de la sexualidad que eran muy interesantes y no los hemos vuelto a hacer.

Debates que persisten: lesbianismo, prostitución, pornografía

Fefa Vila. Yo quería, ya que está Raquel aquí, poner sobre la mesa la cuestión de los debates que hubo en Estados Unidos y que tú reflejabas en el libro que tienes publicado, *La construcción sexual de la realidad*, y en especial, las discusiones sobre pornografía, ¿cómo influye, cómo se gesta aquí ese debate?

Raquel Osborne. Yo estoy aproximándome al movimiento feminista desde los setenta pero jamás como militante de ningún tipo. Yo ya había escrito algo sobre prostitución y sexualidad pero es al irme a Estados Unidos, a principios de los ochenta, cuando me meto en el debate sobre sexualidad y pornografía que se estaba produciendo allí. Empiezo a publicar aquí en el año 1983 y se produce una conexión entre alguien que trabaja en el mundo académico, siendo feminista, y el movimiento feminista de aquí. De ahí mi conexión más activamente con el movimiento. Hay tres temas que desarrollo en los años ochenta y que se están debatiendo o están presentes en el movimiento feminista: prostitución, lesbianismo y pornografía. Por lo tanto, todos tienen que ver con la sexualidad. Sobre prostitución empiezo a publicar en el año 1983. Existía una polémica con el Instituto de la Mujer, en aquel momento controlado por el PSOE, que defendía posturas que luego hemos conocido como abolicionismo o posturas, incluso dentro del propio PSOE, que eran un poco más de tipo reglamentarista. Ese debate ya existía en aquel momento y son cosas que incluso llegan hasta hoy día, porque tampoco el PSOE es monolítico en ese sentido y hay distintas posiciones, mal presentadas posiblemente. O mal trabajadas, poco trabajadas. Es una polémica que por lo menos en Madrid se está desarrollando.

Luego el lesbianismo viene a abrir el debate sexualidad/pornografía. Es un todo frente a la posición del movimiento en torno a la sexualidad y el normativismo, digamos. El movimiento de allá y de aquí. Y la cuestión de la prostitución evidentemente va también por ahí, así lo toco en mi trabajo. Estas cuestiones calan por el interés del colectivo de lesbianas, aquí en Madrid, por abrir el debate a distintas posibilidades de entender la sexualidad dentro del lesbianismo, tratando temas particularmente polémicos como la función de los roles en el seno de las vivencias del lesbianismo o el tema del sadomasoquismo. En ese sentido, el trabajo de allí, las polémicas de allí tienen aquí su reflejo. El tercero es el debate sobre la pornografía...

Cristina Garaizábal. Que tiene también conexión con la polémica sobre la causa de las agresiones y la sexualidad como causa o no de la opresión y la pornografía... en fin, todos estos debates cristalizan de forma muy fuerte en las Jornadas Contra la Violencia Machista del año 1988 en Santiago de Compostela.

Raquel Osborne. Yo estaba terminando la tesis y conecto con ese tipo de cosas que se estaban haciendo aquí. Me encuentro con unos debates de lo más crudos. En relación con eso, tú hablas del libro *La construcción sexual de la realidad*, pero el que creo que tuvo realmente calado en el movimiento fue el de *Las mujeres en la encrucijada de la sexualidad* del año 1989. Fue un libro que dio en la diana en ese momento y ahí se trataban estos temas. (...) Era un movimiento que estaba y una se topó con él.

Cristina Garaizábal. Yo creo que el debate de la sexualidad ha dividido al movimiento y, en determinados temas, en posiciones bastante enfrentadas como para encontrar, ni tan siquiera, instrumentos de unidad práctica. Hasta hace poco yo era de las que pensaba que si dejábamos nuestros programas máximos de lado podíamos llegar a acuerdos con cosas como la violencia contra las prostitutas, siempre y cuando nos metiéramos contra la violencia concreta y no insistiendo en que la prostitución en sí es violencia. Y bueno, después de unos cuantos años de intentarlo he llegado a la conclusión de que la Red Feminista contra la Violencia, por ejemplo, nunca recoge ninguna agresión a prostitutas, ninguna muerte. La cosa más grave, desde mi punto de vista, fue el asesinato de Edith en agosto del año pasado. Para un acto de homenaje dedicado a ella se convocó a todo el mundo y hubo una imposibilidad total de llegar a un mínimo acuerdo cuando lo único que se reivindicaba era: «No a la violencia». Es un debate que no se ha podido nunca llevar a término porque se parte de unas posiciones muy encontradas y las cargas emocionales son fortísimas y esto ha llevado a una total dificultad, incluso para las acciones más mínimas en relación con los derechos humanos. Yo creo que para una corriente del feminismo las prostitutas son «las otras mujeres», unas mujeres diferentes y eso sí tiene que ver con posiciones ideológicas que perduran hoy pero que arrancan de fechas muy tempranas...

Justa Montero. Una cosa general sobre los debates. Yo creo que esa tendencia de polarizar absolutamente todo es lamentable no sólo por las formas a las que se llega sino porque empobrece. Al final se polariza tanto que no hay posibilidad de enriquecer los discursos desde aproximaciones diferentes. Yo creo que eso genera también malestar. Te coloca en una posición que te impide discutir y profundizar porque siempre está la otra posición que está enfrentada. Al final genera insatisfacción porque se empobrece el debate, porque la participación es menos factible y porque se restringe más el terreno de la propia discusión. Con cualquier idea que se ha planteado siempre al final ha resultado un debate muy polarizado cuando a veces no tendría que ser así.

Cristina Garaizábal. Yo creo que ahí tenemos una dificultad enorme. Estaba recordando otra vez las jornadas catalanas (...) no sé la fecha pero a lo que voy es que en esas jornadas, que se producen después de un momento bastante árido y de bastante dispersión, y que es como un reencuentro de todas las corrientes, de intentar crear... Recuerdo que en las jornadas estábamos consiguiendo un clima estupendo. Pero había como un cierto temor a abordar temas polémicos porque tenemos una dificultad de llevar a cabo los debates, parece que nos va la vida en ellos...

Paloma González. Yo estoy de acuerdo con lo que decía Justa: la polarización que hemos mantenido y seguimos manteniendo. Lo que veo es que, posiblemente, ha habido un tiempo en el que buscábamos acuerdos y lo demás lo dejábamos de lado. Vamos a buscar la unión dentro de las políticas posibilistas de la igualdad y de todo esto... y nos ha conducido a ceder en el debate profundo a costa de decir: «Nos unimos por lo que estamos de acuerdo y no nos metemos en más problemas». Y yo, personalmente, noto que hay falta de debate. Es más, yo en estos momentos con el tema de la prostitución, que me preocupa, no he conseguido poner a ambas partes de acuerdo y hacer un debate. Cuando vas a un lado, no, que yo no me junto con las otras, que son no sé qué. Y cuando vas a otro dicen no, porque estas vienen con una no sé qué y entonces no. Y bueno, ¿dónde está el debate?

Cristina Garaizábal. Creo que hay un problema que tiene que ver con el nivel de ideologización y de patente feminista; es difícil llevar debates y darnos autoridad mutua cuando negamos que lo que se dice es feminista y, muchas veces, en el movimiento, el debate se sitúa en esos términos: es o no es feminista. Creo que tiene que ver con hacer identidad sobre la ideología y, a la vez, poca política, poca conexión con la realidad que nos podría llevar a decir: céntrate en esto, que esto es lo importante.

Luchas y representaciones: “Las besadas”

Empar Pineda. Lo más hermoso fue la besada en la Puerta del Sol [el 23 de Enero de 1987]. La policía había detenido y maltratado a dos mujeres que se habían besado, tampoco ostentosamente, delante de la Dirección General de Seguridad y las trincaron. Las maltrataron tanto que al día siguiente, cuando las llevaron al juez a Plaza de Castilla, ellas ya lo pensaban hacer, pero el propio juez les dijo que por qué no ponían una denuncia por maltrato. Y entonces vinieron al Colectivo, nos lo contaron y entonces dijimos: «¿Ah sí?, pues ahora nos vamos a besar todas en la Puerta del Sol». Avisamos al conjunto del movimiento y la verdad es que la respuesta fue muy solidaria y fue precioso. Puerta del Sol, un viernes a las 8 de la tarde. Abarrotado de gente de lo más diverso. Y pensamos: «Oye, cualquiera que nos vea morreándonos ¿qué va a pensar? Tendremos que explicar algo, hacer algo». Entonces hicimos una hojita explicando el asunto y llevamos una pancarta que era como todas de gracia y con las letras en lila. Fue muy bueno porque una periodista, creo que era de Cambio 16, estaba haciendo una encuesta de calle a ver qué pensaba la gente de la besada. Bueno, fue la mayor concentración de medios hasta entonces, estaba hasta la televisión soviética. Así que hicimos una campaña de prensa tela. Era apetitoso: tías morreándose, besándose en la boca... Y esa periodista de Cambio 16 iba preguntando a la gente: «¿Usted qué piensa de esto?» Y vino y me dijo, mira, no puedo resistirme a contártelo, venía un matrimonio que bajaba por Preciados y han visto justo así el mogollón y les he preguntado: «Y ustedes qué piensan de esto?» «¿Nosotros? ¿Sobre las feministas y el aborto? Completamente de acuerdo con ellas».

**ENTREVISTA: Colectivos años noventa
(Madrid, junio 2004)**

Entrevistada: Fefa Vila Núñez-LSD

Entrevistadora: Gracia Trujillo Barbadillo

Lesbianas Sin Duda y la resistencia *Non Grata*

Fefa Vila. LSD aparece como grupo en febrero de 1993, en el contexto de un barrio de Madrid, Lavapiés, bastante politizado, e inicialmente con algunas componentes que habían formado parte de otros grupos durante los años ochenta: de feministas, de lesbianas o de grupos de la izquierda extraparlamentaria. Surge a la vez que La Radical Gai y a través de una red de amigas que vivíamos y que compartíamos intereses y vivencias comunes y que en ese momento nos lanzamos de una manera muy poco programática al activismo. Desde luego que no teníamos inicialmente ni idea de que queríamos hacer fotografías, de que íbamos a hacer *fanzines*, de cómo nos íbamos a proyectar, no había nada preconcebido, lo que sí teníamos claro es que la representación y los discursos que circulaban a nuestro alrededor a través de los grupos y de las posiciones políticas más tradicionales nos provocaban cierto sarpullido vital. Nuestra estrategia no era cargarse la política tradicional o esos grupos, no se trataba de eso, aunque inicialmente se nos vio así, sino incidir con nuestro trabajo en un espacio amplio, sobre todo en nuestras propias vidas, y ver qué pasaba. Era una necesidad política, necesitábamos que pasasen cosas, otras cosas, para poder seguir viviendo aquí, para poder representarnos, para poder escribir o para crear redes de afecto mucho más amplias. Contestábamos a los grupos, pero nuestra idea era sobre todo dirigirnos a todo aquello que nos parecía normativo, impositivo, opresor, sin pensar que íbamos a tener efectos inmediatos, queríamos contarnos a nosotras mismas e intervenir en el espacio y en la política desde posiciones muy locales.

Gracia Trujillo. ¿Cómo os definíais cuando surgió el grupo? Porque la propia utilización de las siglas LSD invitaba a pensar en significados diferentes.

Fefa Vila. Sí, LSD tenía muchos nombres: lesbianas sin duda, lesbianas se difunden, lesbianas sexo diferente, lesbianas sin destino, lesbianas sospechosas de delirio, lesbianas sin Dios, lesbianas son divinas, etc. Había por una parte un discurso identitario y de afirmación y por otra parte un discurso de desplazamiento de las propias identidades y de las propias estrategias políticas. Interrelacionábamos los discursos de la identidad con una serie de discursos como el anticapitalismo, discursos contra el ejército, la militarización, contra la guerra, etc. Esto se ve en las acciones que hemos realizado. Antes de sacar nuestro *fanzine* La Radical Gai, en el 92, ya tenía el suyo propio *De un plumazo* y la primera intervención de LSD fue escribiendo en torno al SIDA en el *fanzine* de la Radical Gai.

A la primera revista que hicimos le dimos el nombre de *Non Grata*. De alguna manera, el nombre significaba apropiarnos de una estrategia nominal que nos estuviese identificando a nosotras mismas como personas «no normales», no pacíficas, no sumisas, tanto a la hora de ocupar determinados espacios como a la hora de reinventarnos a través de los propios *fanzines*. En definitiva, éramos personas *non gratas* y así nos queríamos sentir.

No poníamos mucha energía en definirnos, lo nuestro era por una parte una ruptura con una tradición, no con el legado de esa tradición, sino con lo que esa tradición significaba en nuestras vidas en ese momento. Buscábamos otros espacios y otras posibilidades de nombrar y de representarte, pero no teníamos una necesidad imperiosa de nombrarnos o definirnos. Por una parte éramos hiper identitarias, éramos lesbianas sin duda y bolleras, pero por otra parte jugábamos a la descentralización de la identidad, de ahí nuestra frase «defínete y cambia», es decir, no somos siempre las mismas, no nos vamos a definir siempre igual, no somos un grupo estable con un ideario estable, con una estrategia definida cuya meta es llegar a la toma de la Moncloa o a la toma del poder en el sentido clásico de hacer política, sino que era una descentralización y una contestación a una identidad fija, incluso a la identidad lesbiana tal y como estaba formulada y con la cual nos sentíamos encorsetadas, el estar de algún modo en continua contestación en un contexto, en un barrio, donde se atravesaban muchas cosas. No es ingenuo que nuestras alianzas fueran con la Radical Gai, con quienes compartíamos, a parte del espacio físico, un espacio político y una reflexión teórica común; y nuestras luchas por el tema de la pandemia del SIDA no eran únicamente porque quisiéramos ayudar a nuestros amigos gays, sino porque a través de eso estábamos contestando no sólo a unos discursos oficiales y normativos sobre las prácticas sexuales, sino que estábamos reinventando y reformulando nuestras prácticas sexuales y nuestros cuerpos desde otros ángulos menos clásicos, desde otras perspectivas menos encorsetadas.

Inicialmente, nuestras primeras discusiones fueron en torno al sexo, a reivindicarnos como sexualmente activas y sexualmente problematizadas, salir un poco del esquema tradicional y puritano donde nos estaba situando parte del lesbianismo e incluso del feminismo, haciendo de ello una reivindicación tanto de identidad como erótica, como una reivindicación de utilización del cuerpo y de nuestras propias prácticas sexuales para interpelar los espacios y los discursos más normativos. No sólo a través de una fácil provocación, de desnudarse, sino de cómo nosotras como lesbianas podemos estar hablando de nuestros propios deseos, los podemos representar, y el deseo como una acción. Retirarnos de esas marcas de lo privado, de lo pasivo y de sujetos en definitiva no deseantes. El sexo y el deseo de desear a otras y de reinventarnos un cuerpo que se escapa del que está representado, como una táctica política de interferir, y en un contexto muy homófobo y muy lesbófono: lesbófono por invisible, y homófobo especialmente por todo el contexto del SIDA en ese momento.

Gracia Trujillo. Por lo que se refiere a los elementos de representación, no utilizabais sólo vuestras propias creaciones sino que abristeis espacio para otras aportaciones, como Del Lagrace. Incluso hubo algún debate sobre qué imágenes de representación utilizar.

Fefa Vila. En ese momento, en el año 1995, no se hablaba en el Estado español de los *drag-kings*. Nosotras teníamos discusiones sobre cómo representarnos, sobre las fotografías que utilizaba Del Lagrace para dar una imagen de poderío y deconstruir esa imagen negativa que tenía la lesbiana con pluma. Empezamos a hablar de qué es lo masculino y qué es lo femenino y cómo los discursos más oficiales representaban al lesbianismo, que siempre eran discursos, como dice Teresa de Lauretis, de la indiferencia sexual, en torno a «quieren ser hombres» o «son históricas» o «tienen algo incompleto y por eso tienen esa cierta disfunción...» Incluso dentro del propio movimiento feminista había una cierta fobia a la pluma o a ciertas manifestaciones que se consideraban no adecuadas porque parecían masculinas. Ese debate sí se dio en torno al propio cuerpo y a la propia representación en el sentido de cómo te ven los demás y cómo juegas tú a que te vean los demás.

Gracia Trujillo. Teníais mucha fuerza en vuestras representaciones y le dabais mucha importancia a todo el aspecto gráfico y de iconografía. ¿Qué opinas del debate sobre la asimilación de lo *queer* con algo artístico? Se supone que el activismo *queer* es algo que va más allá, pero, a veces, se asimila con la creación artística y con propuestas rompedoras o novedosas dentro del mundo del arte.

Fefa Vila. Evidentemente el activismo *queer* no es arte en el sentido clásico del término y no sólo es representación, hay muchísimas más cosas, aunque sí hay una necesidad de puesta en escena de crear un simbólico y una representación visual gráfica propias. En LSD, y también en la Radical Gai, la iconografía y la auto-representación tan fuerte que llevamos a cabo tenía mucho que ver con esa contestación hacia una representación de qué es lo gay y qué es la lesbiana y cómo queda representada en espacios múltiples y también en el espacio artístico. Otra cosa es cómo el marco institucional que delimita el arte utiliza esos lenguajes, o cómo tú puedes negociar esas representaciones tuyas en un espacio que realmente está fuertemente normativizado y contextualizado de forma interesada. En LSD no hubo esa reflexión. Sí hubo reflexión sobre cómo representarnos y cómo utilizar un lenguaje llamado artístico o unas técnicas que utiliza el arte para hablar y para nombrar y cómo utilizarlas a nuestro favor; cómo crear un lenguaje no sólo a través de las acciones políticas, no sólo contestando a los discursos políticos en el sentido clásico, sino también a través del arte, porque para nosotras el arte también era político. Nosotras lo veíamos como acciones y como productos de nuestra propia reflexión y de nuestro deseo de representarnos a nosotras mismas. Es decir, hartas de que los otros nos utilicen y nos representen, mejor hacerlo nosotras sobre nosotras mismas. La parte negativa, que no tuvimos en cuenta, es el cómo realmente discutes tú con las «instituciones artísticas», ahí hay un peligro que realmente corta y paraliza la propia dinámica activista o la puede paralizar. En nuestro caso, inicialmente no, pero en los últimos coletazos de LSD realmente este tema produjo ciertas tensiones entre las componentes del grupo, por esa imposibilidad de negociar con esos espacios.

Gracia Trujillo. En el momento actual, en el que el movimiento feminista está bastante desmovilizado, muy institucionalizado y muy cerrado a propuestas nuevas, nuevas realidades, nuevas voces y nuevos discursos, ahora que el movimiento de gays y lesbianas mayoritariamente está centrado en el

matrimonio civil, en la cuestión legal y parece que no hay otra demanda más allá de esa homologación legal ¿qué lugar y qué papel tiene ahora mismo el activismo *queer*? ¿Dónde están ahora los puntos de fuga de ese activismo *queer* más latente o más importante?

Fefa Vila. Ha habido una movilización mayoritaria de gays, lesbianas y feministas, o de determinadas feministas, porque no podemos hablar actualmente de un solo feminismo, en la dirección menos adecuada. Creo que tanto gays como lesbianas están siendo consumidos por el propio sistema capitalista. Ya no se trata de que creen un mercado rosa, sino que realmente sus propias prácticas y sus propias relaciones políticas están inmersas en una dinámica peligrosa, la dinámica de ser ellos mismos fagocitados y consumidos por el gran aparato del Estado capitalista, y eso en una doble dirección, en la dirección de producción y consumo de mercancías y en la dirección legal de homologar y normativizar los cuerpos y las vidas de los sujetos vivientes. Creo que en el Estado español no ha habido un movimiento *queer* importante, ha habido experiencias *queer* interesantes. Las posibilidades *queer* hoy en día pasan por reestablecer el desorden en todo ese tipo de prácticas y de relaciones formales que se están estableciendo a nivel institucional y de consumo exacerbado. Por otra parte, la vía está abierta para establecer relaciones en contextos políticos mucho más diversos, donde la inmigración está funcionando, en contextos políticos transnacionales, porque me parece alucinante que se esté trabajando por la legalización del matrimonio mientras en África se esté muriendo de SIDA. Me parece alucinante que el movimiento gay institucional no tenga un ideario o una visión más allá de su propia producción consumista y de su propia relación con los aparatos que les están produciendo y que no vea una serie de contradicciones que están operando a nivel local, en nuestro barrio y en nuestra propia casa, pero también a nivel transnacional. Cómo nos peleamos nuestro trabajo en nuestro día a día, por ejemplo, eso cruza con la precariedad, pero no son simplemente las relaciones de producción las que te están construyendo, hay otro tipo de relaciones que evidentemente no se pueden olvidar, que te están atravesando y son las relaciones y las construcciones sexuales, las construcciones de raza, las construcciones de sero-positividad, las construcciones de legalidad e ilegalidad, etc.

**ENTREVISTA: Colectivos de la década de 1990
(Madrid, junio 2004)**

Entrevistadas: Gracia Trujillo Barbadillo y Carmen Romero Bachiller

Entrevistadora: Fefa Vila Núñez

Fragmentos tendenciosamente escogidos

Gracia Trujillo. La Eskalera Karakola es una casa okupada de mujeres, autogestionada y feminista, que está en el barrio de Lavapiés, en Madrid. La casa es realmente un proyecto muy interesante, es un espacio okupado por mujeres en el que ha habido un montón de proyectos, y por donde han pasado muchísimas mujeres. En 1996 un grupo de chicas, que venían de otra casa okupada en la calle Lavapiés 15, ocupó este inmueble. Habían salido muy quemadas de aquella okupación porque querían formar otra asamblea diferenciada de la asamblea mixta. Tras el desalojo decidieron okupar una casa que fuera sólo para mujeres (esto tiene relación con el grupo de lesbianas que formamos después dentro de la Karakola porque inicialmente hubo mucha polémica). En las primeras asambleas nos llevó meses decidir si la nueva casa okupada iba a ser solamente de mujeres o no, las que defendíamos y teníamos la necesidad de que la casa fuera un espacio sólo para mujeres éramos casi todas lesbianas. Por falta de experiencia, o por prejuicios, y quizá por un concepto de poder de las chicas que habían okupado, las lesbianas fuimos apartadas y hubo un montón de problemas desde el comienzo. La crítica y la autocrítica nunca son negativas si se hacen de forma constructiva, y esa es mi intención. Sobre todo si nos estamos autodenominando feministas. Para mí, una de las grandes cosas del feminismo es que es un pensamiento crítico, así que la crítica sea bienvenida cuando ésta sea constructiva y cuando podamos verla en clave enriquecedora. En el primer grupo en el que milité, antes ya había estado involucrada en muchas cuestiones feministas, fue en un grupo de lesbianas. Éste surgió dentro de la casa y hay que verlo en ese mismo contexto. Éramos un grupo de bollos en una casa okupada por mujeres y nosotras reclamábamos nuestro propio espacio. Nos llamamos «Las Goudous», que significaba «bollo» en francés, porque varias amigas francesas entraron en el grupo y así le dimos un punto medio extranjero al grupo. Esto duró un año, un año y pico, y nos encontramos sobre todo con muchas diferencias ideológicas. Hicimos muchas cosas, como conciertos, acciones en la calle, panfletos en las manifestaciones. Pero teníamos demasiadas diferencias ideológicas principalmente sobre el feminismo. A partir de entonces una de las cuestiones que nos planteamos fue el de si nos teníamos que retirar el filtro de ser feminista o no, al principio esa pregunta nos causó muchos problemas y fue preferible pasar a la acción antes que estar debatiendo las bases del grupo. A pesar de todo, continuamos en la Karakola. Ha habido varias épocas en la casa, pero aunque los inicios fueron complicados, con el tiempo la cosa se fue estabilizando, yo creo que fue

¹ www.sindominio.net/karakola/

porque reclamamos nuestro propio espacio. Sin embargo hace poco se ha hecho un intento de archivo, de mirada retrospectiva sobre la casa y de nuevo las lesbianas no estamos, no hay fotos, no hay documentos, no hay *fanzines* y, sobre todo, hay poco interés en que aparezcamos. El problema sigue estando ahí y espero que con interés, por ambas partes, podamos solucionarlo.

Fefa Vila. ¿Por qué crees que ocurre eso? Porque los intereses ideológicos o la apuesta por un proyecto político que supone la Karakola está inmerso en un proyecto diferente o porque excluye discursos más alternativos y más revolucionarios en torno a las sexualidades como un proyecto de cambio y de paso adelante y, por tanto, ponen el acento en otro tipo de prácticas, o crees simplemente que es por la propia dinámica del proyecto... ¿Cuáles son las contradicciones dentro de los propios grupos de mujeres en un contexto alternativo como la Karakola? Es decir, cuando se desmonta esa idea tan homogénea de que todas somos feministas, que todas somos lesbianas, que todas somos mujeres y que todas tenemos los mismos intereses, aparecen posiciones diferentes, porque detrás existe la lucha de un sujeto político diferente. ¿Eso es algo explícito dentro del proyecto? Y ¿cómo se ha articulado?

Carmen Romero Bachiller. Yo me incorporé más tarde a la Karakola, en el verano del 2000 y mi experiencia ha sido diferente, aunque también me he encontrado con situaciones de exclusión y de conflicto. Recuerdo que, por ejemplo, iniciamos el proyecto de una revista feminista que se iba a llamar *EX-céntricas*, donde se incluían muchas cosas, y en una de las primeras reuniones para organizarnos surgió de repente una gran crisis porque se decidió que apareciera la palabra lesbiana en el título. Al parecer, la aparición de la palabra lesbiana en el título haría que la revista se convirtiera en un espacio restrictivo y entonces surgió el conflicto. ¿Por qué no podía aparecer explícitamente el término lesbiana? ¿Qué tipo de problemas y lesbofobias estaban apareciendo ahí? Y esto en personas que se supone que ya lo tienen todo trabajado y para las que la palabra lesbiana formaba parte de su día a día, dentro de su cotidianidad, ¿qué tipo de ocultamientos se estaban volviendo a crear? Esta es una tendencia que yo creo que se repite en ocasiones y que hace que me pregunte sobre cómo se construyen los consensos y las prioridades y cómo esto termina generando posiciones o luchas que se convierten o acaban apareciendo sistemáticamente como secundarias. Sí, es verdad que en la casa se han hecho cosas que tienen que ver con sexualidad, por ejemplo nosotras, en parte quemadas por el tema de la revista pero tratando de hacer algo constructivo, proyectamos lo que se llamó en aquel momento «La casa de la diferencia», rescatando la frase de Audre Lorde que nos parecía muy potente justamente para pensar esos espacios. Daba la casualidad, y eso ha ocurrido muchas veces en la Karakola, que muchísimas chicas eran bollos, pero luego eso no se distinguía tanto en las prácticas políticas o aparecía de una forma pseudo-secundaria. Últimamente ha ido cambiando: el bar de la Karakola siempre ha sido un espacio de encuentro bollero clave; apareció La Esquina de Safo o Retóricas, transformado en GtQ. Se han ido haciendo otras cosas y ha ido cambiando el espacio.

Gracia Trujillo. Es interesante ver cómo comenzó la Karakola pero no sólo por la Karakola, porque para mí la Karakola es como una especie de microorganismo en Lavapiés interaccionando con otros. Justo después de que se okupara la Karakola se okupó el Laboratorio, el primer Laboratorio grande

que hubo al final de la calle Embajadores. Recuerdo que mientras teníamos las dinámicas que teníamos en la Karakola, donde el grupo que había okupado era el grupo que okupaba también todas las actividades y teníamos todos nuestros conflictos de poder internos entre las que éramos lesbianas y las que no, también teníamos conflictos de poder con el Laboratorio. La Karakola levantó un montón de polémicas y de suspicacias y de debate, parecía mentira que un espacio tan pequeño pudiera suscitar tanto follón. Porque los chicos no entendían que nosotras tuviéramos una casa sólo para mujeres, pero las heterosexuales tampoco entendían cómo podíamos convivir muchos tipos de mujeres con muchísimos tipos de proyectos distintos y todos eran válidos y todos podían estar en paralelo actuando. Eso no se entendió hasta bastante tarde, con el devenir del tiempo y de las actividades y sobre todo a partir de «La casa de la diferencia» que es cuando empieza a haber otro tipo de proyectos y se empezó a ver que había espacio para más cosas. Cuando dejamos lo de «Las Goudous» y empezamos con el proyecto del *fanzine Bollus Vivendi*, entre 1999 y el año 2000, la Karakola estaba realmente matada. La Karakola ha tenido momentos, yo creo que por disensiones, por malos rollos, y por lo que pasa en cualquier espacio de militancia, en los que no va ni Dios. Entonces nos empezamos a reunir en Barquillo, que en aquel entonces también estaba muy vacío, pero para nosotras fue como volver al local feminista de toda la vida y fue desde allí donde empezamos a sacar *Bollus Vivendi* que surgió como, ya más centradas en lo que era el ambiente «mari bollero», una respuesta a la ausencia total de *fanzines*, de acción, de debate y de ideas en el aire sobre el tema «mari bollero». Porque ya la Radical Gai y LSD estaban un poco entrando en medio declive. Ahí aparecimos nosotras con la *Bollus Vivendi* con la que duramos cinco números, como un año y pico de actividad con un proyecto que en realidad era muy deudor de LSD, pero que tuvo un matiz más colectivo que el tema *queer* de LSD.

Nosotras tanto con el grupo que formamos en la Karakola como con las *Bollus Vivendi* siempre buscamos más el tema colectivo, tanto en la organización del grupo, la idea de la militancia, de reunirse con una cierta regularidad, y sobre todo con la idea de que la gente nos tenía que entender, que teníamos que montar activismo bollero pero que llegara cuanto más lejos mejor. No tanto como percibíamos a LSD y las *Non Grata*, que era como que ellas lanzaban sus propuestas y las que las cogieran pues las cogían y si no, pues nada. Nosotras teníamos la herencia de la militancia, de intentar contagiar, crear conciencia y acción en la calle. Creo que este fue uno de los motivos por los que duramos poco, porque la mitad se cansa, volvimos a tener disensiones ideológicas, pero aquí tuvo más que ver con el tema de ser lesbianas. Nos salía como punto de fuga a algunas que veíamos que en un grupo de lesbianas había cosas que ya no nos convencían tanto. Recuerdo uno de los grandes debates que tuvimos que era el tema de los *dildos*, íbamos a hacer un artículo en la *Bollus* sobre *dildos* y tuvimos un cisma de mucho cuidado porque para algunas aquello no era feminista ni era nada, uno de tantos debates como el tema de los juguetes que ya apuntaba que a muchas de nosotras nos pedía el cuerpo otro tipo de activismo. Aquí es donde entra un poco el tema de por qué nos reunimos el GtQ en la Karakola, buscando a gente que tuviera otro tipo de afinidades más en torno a las minorías sexuales, más disidente, no tan cortado por un patrón.

Fefa Vila. ¿En qué se traduce a nivel de prácticas concretas?

Carmen Romero Bachiller. Pues, por ejemplo, con todo el tema de los *drag kings* que se empieza a poner en marcha, como el seminario que se hace en UNIA, y después lo hemos seguido llevando a cabo aquí, tanto con la fiesta de *Drag-Kings* que hicimos la noche de reyes como con el D.N.I que presentamos en la manifestación del 28 de junio de 2003. El introducir lo *queer* en la Karakola ha significado que una de las premisas básicas e intocables de la Karakola que era la no admisión de chicos en lo que era una casa de, para y por mujeres de repente se transforma. ¿Quiénes son mujeres? Un par de años antes de que empezara todo el tema de Retóricas y de GtQ, hubo una acción sobre violencia de género y violencia sexista en la calle con una serie de movilizaciones en Lavapiés. Vino Juana Ramos, que es la presidenta de Transexualia y se trajo a Charly que fue presentado como transgénero. En ese momento ni nos lo planteamos, pero luego sí lo repensamos. Sobre todo a partir del proyecto de «La casa de la diferencia», empezamos a pensar qué significaba tener una casa exclusiva para mujeres. Nos dimos cuenta de que estábamos cuestionando todo el rato qué era una mujer y que en el fondo no nos creíamos mucho eso de qué es una mujer, puesto que en determinadas ocasiones nosotras mismas decíamos que no éramos mujeres. Ya cuando se empieza a introducir en la Karakola el GtQ entran tres tíos que son maricas. ¿Cómo se maneja esto? ¿Eso significa que son tíos? ¿Qué tipos de exclusiones estás planteando? No estábamos planteando exclusiones, estábamos planteando la necesidad de un espacio para mujeres en un sentido propositivo porque ya existen muchos espacios excluyentes, pero al mismo tiempo veíamos que esta definición se nos quedaba demasiado corta o demasiado amplia y también que las situaciones de quiénes okupan estas posiciones de género tampoco estaban tan claras, más cuando tú también performas masculinidad en tu vida cotidiana o haciendo un taller de *drag kings*, etc. Esto es muy interesante porque ha sido como hacer práctico un debate que es muy complejo, que tiene que ver con el hecho de que cuando se inicia la Karakola una de las premisas sea que la casa fuese sólo un espacio de mujeres. Recuerdo que hubo una serie de debates en la Karakola para hablar de la mixticidad y para mí esa no era la forma de plantear el tema, porque no es una cuestión de decir si un espacio es mixto o no. El debate, que a mí me ponía muy nerviosa, enfocaba el tema como si, por el hecho de que entrara un personaje con un género «masculino», con una «forma» determinada, el espacio ya se convertía en espacio mixto. A mí lo que me preocupaba era qué tipo de dinámicas se estaban produciendo, qué tipo de temas se están poniendo en cuestión y qué cuerpos se están cuestionando. No es suficiente con decir hombres y mujeres, ni género, ni nada, pero tampoco olvidarnos de las diferencias de poder que también están ahí y las diferentes posiciones en lo simbólico, en la representación, etc. Hay chicos en el grupo, pero son gays o maricas y ¿qué significa todo esto? ¿Qué cuerpos están puestos a trabajar? ¿Cómo se están respetando las palabras? Ese era el tipo de cuestiones que a mí me parecía interesante poner sobre la mesa y no tanto hablar de mixticidad sí o mixticidad no, que me parecía que era un debate que carecía absolutamente de sentido.

Gracia Trujillo. Pero los tres tíos que hay en nuestro grupo son «osos», o chicos que son bastante más femeninos que yo, por ejemplo. Esa es una de las cosas de nuestro grupo, un grupo de activismo *queer* en el que realmente estamos haciendo un intento de englobar las diferencias y que éstas sean legítimas. No debemos dejar de ser vigilantes respecto a si todas las diferencias están teniendo la misma legitimidad bajo este paraguas *queer*,

estar realmente suponiendo una alianza de gente distinta, disidente, rarita, extraña, desde las *butch-femme*, los *drag kings*, los osos, las super-maricas radicales, las nenas, pues bienvenidas todas pero me parece que podemos hacer políticas desde esas coaliciones pero sin olvidar que fuera de ese activismo *queer* no tenemos la misma legitimidad todavía.

Carmen Romero Bachiller. Esa es una de las cosas que yo planteaba todo el rato. Yo recuerdo ese debate y por eso decía que los términos en los que se estaba planteando me sonaban a chino, porque no tenían nada que ver con la vivencia ni con lo que se estaba planteando. ¿De qué formas se respetan los espacios? ¿De qué forma se respeta la libertad de invitar o no? La definición de espacios sigue siendo necesaria y sigue siendo una cuestión política a la que no hay por qué renunciar, eso no significa recuperar por la puerta de atrás una identidad fuerte que implique una cerrazón ni nada por el estilo, significa simplemente que estás justamente jugando a ese juego político, y en ciertos momentos tienes necesidad de reservarte ese espacio. Cuando hablamos de inclusiones y exclusiones, que es gran parte del debate que está ahí, creo que sí es necesario hacer un ejercicio de inclusividad radical, pero al mismo tiempo teniendo en cuenta que lo político se marca con determinadas exclusiones, marcando determinadas posiciones de fijación de identidad o de posiciones políticas en un momento determinado, y esto ni invalida ni esencializa ni nada por el estilo. Ha habido una tendencia, que viene a través de lo *queer*, a juzgar rápidamente todo lo que significa identidad como posesión fuerte de identidad, como algo inamovible, y creo que todo ello a lo que invita es a plantear precisamente lo político de las identidades y ponerlas a jugar.

Fefa Vila. Y no sólo eso, sino qué tiene que decirle al movimiento más oficial y a los procesos tanto de institucionalización como de representación de identidades tan fuertes y tan en boga como es la identidad gay o cierta identidad bollera o cierta institucionalización del feminismo. ¿Qué pasa aquí y ahora? ¿Qué contestación hay que hacer?

Carmen Romero Bachiller. Yo estoy haciendo una tesis sobre mujeres migrantes en Lavapiés y una de las cosas que estoy cuestionando es qué se entiende por mujer migrante, qué imágenes tenemos del cómo tiene que ser clónicamente esa imagen. Una de las cosas que he visto es que hay mujeres bolleras que son inmigrantes y esto nadie lo está teniendo en cuenta. Incluso ocurría que teníamos amigas y colegas que reconocías como bollos pero que no reconocías como mujeres inmigrantes simplemente por el hecho de que eran tus colegas y se estaban moviendo en los mismos ámbitos que tú. De repente resulta que los cuerpos marcan, y tener un color de piel distinto marca, y te pueden dar una paliza por ello. Este tipo de cosas hay que tenerlas en cuenta y no se está haciendo cuando el único debate que se plantea gira en torno al tema del matrimonio sí o matrimonio no, o derecho a la adopción o normalización total, se está obviando que hay gente que tiene problemas con papeles y hay muchos otros temas que están sobre la mesa que no se están tratando y que tienen poco que ver con el acceso a los lugares de ocio oficiales como pueda ser Chueca.

Gracia Trujillo. En una charla reciente la presentadora de la mesa hizo un resumen de lo debatido y decía que el activismo *queer* propone una coalición con los inmigrantes, con la izquierda de toda la vida, con las feministas, etc., y, claro, yo no me pude estar callada y contestar que no estamos proponiendo

una coalición y quedarnos en estas palabras maravillosas de que vamos a echar un cable a los inmigrantes, pobrecitos ellos que están ahí puteados, o vamos a echar un cable a las mujeres feministas, no, es que lo que estamos diciendo y lo que pretende este tipo de activismo es el reconocer que ahí están las sexualidades y hasta que no entendamos que son algo transversal, es decir, que eres mujer, pero eres bollera, pero eres marroquí, pero no tienes un duro, pero estás sin papeles, no estaremos entendiendo nada. Y no sólo eso, sino que contestan la formación de identidades previas, del ser mujer, del ser inmigrante. Es una cuestión transversal que además está poniendo contra la pared el cómo se han formado las identidades y el cómo se han formado los activismos y las propuestas a partir de las identidades. El caso del feminismo es claro, cómo se nos quedó a muchas como una cosa encorsetada, casi puritana, y aquí podríamos hablar largo y tendido del tema de la lesbofobia en el movimiento feminista, etc. Una de las grandes contestaciones a la formación de la identidad monolítica y bien cerradita y a la actitud al activismo que se monta sobre esa identidad. A veces nos quedamos en las palabras grandilocuentes y en el querer buscar coaliciones pero en realidad eso ya está en la calle, ya está todo imbricado, es que lo llevamos todas en el cuerpo colocado.

Carmen Romero Bachiller. Yo diría que es más que transversal, que es algo más complejo que esto. Claro que la sexualidad lo atraviesa todo, pero el género también, igual que tener una determinada pertenencia nacional o étnica o una religión. Todo eso está continuamente atravesándose mutuamente y eso nos lleva a proponernos una visión mucho más compleja de lo que son nuestras identidades, que son menos estáticas y aprehensibles de lo que se suponía que eran y además esto está modificando radicalmente cada una de las posiciones que vas a ocupar en muchos otros espacios. Pienso que el gran reto en este sentido es no solamente dar cuenta políticamente, abriendo espacios políticos que sean capaces de abordar esa complejidad, sino también abordarlo teóricamente.

Gracia Trujillo. Aportaciones teóricas individuales, por supuesto, pero creo que también que habría que meter más caña con la falta de debate general que tenemos y hemos tenido el movimiento feminista y el movimiento de gays y lesbianas en este país.

Carmen Romero Bachiller. ¡Es que ha sido monolítico!

Gracia Trujillo. Sí, ha sido monolítico y a parte ha habido impactos y casi lacras de esa falta de debate porque, por ejemplo, el papel que tiene hoy por hoy el feminismo cultural en lo que es el ámbito de la lucha feminista y la lucha de gays y lesbianas es una pasada, seguimos todavía dándole vueltas a lo mismo, en contra de la pornografía y el sexo, el tema del sexo y el peligro, el placer y el peligro, y seguimos todavía arrastrando ese tipo de ideas, esas dicotomías que nos hacen polvo: hombre-mujer, naturaleza-cultura, la buena-los malos, modernidad-posmodernidad, las femeninas-lo masculino, etc., es un horror. Lo he mencionado porque está totalmente relacionado con el hecho de que no se ha debatido, no ha habido foros suficientes y no ha habido tías y tíos, digo tías porque me estaba refiriendo al feminismo, debatiendo este tipo de cosas y produciendo teorías, cuestionando la teoría, etc.

Carmen Romero Bachiller. Hay determinados espacios de debate que son imposibles. Yo tengo la experiencia de haber ido varios años a preparar la famosa manifestación del 8 de marzo y las consignas del 8 de marzo. ¡Son un horror!, se supone que todos los grupos feministas de Madrid se reúnen y se ponen de acuerdo sobre un lema y una serie de consignas y panfletos, pero en las últimas que yo he estado hemos acabado casi pegándonos por estas cuestiones. En una ocasión salió el tema, el gran debate, de la niña Fátima que no querían dejar ir al colegio con el pañuelo y resulta que si cuestionabas que el pañuelo fuera opresor, de repente para algunas ya pasabas a estar a favor de la ablación del clítoris. Este era el nivel del debate. El año siguiente se nos ocurrió hablar de «mujeres lesbianas, discapacitadas, trabajadoras sexuales, etc., todas feministas», y algunos grupos abolicionistas montaron en cólera porque no se podía decir «trabajadoras sexuales», sino en todo caso «mujeres prostituidas», que son víctimas, etc. Entonces llegó una tipa de Hetaira, que es una tipa militante que es trabajadora sexual y no eran capaces de dejarle espacio para que ella dijera lo que pensaba. Para ellas prácticamente le habían comido el coco. Yo entiendo que hay determinadas cuestiones que están tan encasilladas que es francamente difícil abrir espacios de debate, además de que hay posiciones teóricas dentro del feminismo que yo no tengo por qué compartir.

Gracia Trujillo. Esos cismas siguen existiendo.